

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 58

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Memoria y olvido en *El huerto de mi amada* de Alfredo Bryce Echenique

Gerardo Castillo
Syracuse University

Buena parte de la obra de Alfredo Bryce Echenique se encuentra elaborada a partir de un complejo juego entre memoria y olvido, entre el recuerdo —evocación voluntaria del pasado— y la nostalgia, esa involuntaria pero inmensa marea que desde las tranquilas profundidades de nuestro inconsciente: «aflora, surge, brota, nos invade, nos llena, nos moja» (Bryce, *Crónicas perdidas*, 221). Ya Susan en *Un mundo para Julius* (1970) fantasea con un añorado pasado londinense en medio de una cambiante Lima; en *La última mudanza de Felipe Carrillo* (1988), el solitario drama de Felipe en su piso de París obedece a su imposibilidad de sacarse de encima el recuerdo de Eusebia; o las andanzas sentimentales de Juan Manuel, el cantautor peruano de *La amigdalitis de Tarzán* (1998), no son sino la evocación de un perdido París junto a Fernanda María a través de una comunicación epistolar sostenida entre reencuentros siempre a destiempo. *El huerto de mi amada* (2002), ciertamente, no escapa a este complejo ir y venir entre recuerdos, olvidos y nostalgias. El propósito de estas líneas es señalar algunas notas sobre la función de la memoria en la última novela de Bryce.

El huerto de mi amada narra el inmediato y apasionado amor que surge entre Carlos Alegre di Lucca, un muchacho católico, recién salido del colegio e hijo de una respetable familia limeña, y Natalia Larrea y Olavegoya, una de las más bellas, codiciadas y adineradas mujeres de la ciudad, quien, además de divorciada, le dobla la edad. La trama se desarrolla a partir de hacer posible este amor imposible al que tenazmente se oponen los propios padres de Carlitos y el resto de la conservadora sociedad de Lima de los años cincuenta.

Hechizo y ensimismamiento: inicio del sueño

La novela inicia presentándonos a un Carlitos Alegre absolutamente distraído e incapaz de fijarse en las cosas más elementales que rodean su vida hasta que se produce el encuentro con Natalia. Acto mágico que ensimisma a Carlitos, estado en el cual se mantendrá hasta el final de la novela con la ruptura de la eficacia ritual. Una fiesta de noche cálida y los acordes de *Siboney*, logran el hechizo que el protagonista se fije por primera vez en su vida en una mujer y quede perdidamente enamorado de ella:

Y apareció en una terraza sabiamente iluminada y deliciosamente florida, en un baile para siempre, un eterno *Siboney* de lejanas maracas, de disimuladas y nocturnas palmeras, de arrulladora brisa de mar tropical y piña colada. Muy precisamente ahí, apareció Carlitos Alegre... Y ahí seguía parado entre aquella gente alegre y divertida que ni siquiera se había fijado bien en él todavía. Mas no tardaban en hacerlo, porque en ésas se acabó aquel *Siboney* embrujador y él salió disparado rumbo al tocadiscos, para volverlo a poner, pero para volverlo a poner y poner y poner, ad infinitum y así me maten, ¿me oyen?, ¿me han oído?, ¿ya me oyeron? Y ahora sí que el sonriente pero nervioso desconcierto de todos no tuvo más remedio que reparar en él.

—Yo quiero hablar con ella —dijo, entonces, Carlitos, con el brazo de mando en alto y todo, más una voz absolutamente desconocida y como de imprevisibles consecuencias. Y agregó: Y voy a bailar con ella, porque no tardo en saber quién es. Que ya lo sé, por otra parte, desde hace algunas horas. O sea que ya me pueden ir dejando esa canción para siempre. Y entonces bailaré para siempre, también, claro que sí. Y *defff-fi-ni-ti-va-men-te*. (Bryce, *El huerto de mi amada*, 21-22)

Fuera de sí, Carlitos no deja de bailar con Natalia y provoca una tremenda gresca con los celosos invitados. Así, el acto que funda la novela es un olvidarse de todo lo demás y el recordar, repetir y recrear al infinito ese primer *Siboney* que produce el hechizo. Carlitos, tras la golpiza que lo envía a una clínica por unos días, despierta en la casona con piscina y magnífico huerto que Natalia posee en Surco. Pero el encantamiento requiere del rito. Para hacer eficaz el hechizo, Carlitos escucha una y otra vez *Siboney*, la música que lo embrujó, descorcha botellas de champán y debe comprobar, gracias a revelación divina, que él está y le es permitido quedarse en el paraíso terrenal.

Carlitos construye, entonces, un limbo que lo separe de la realidad limeña. Por contraste, esta sensación de irrealidad se hace más patente cuando el tic tac del reloj de pared de la casona surcana le

recuerda permanentemente al protagonista no solamente la lejanía de una Natalia de viaje por Europa, sino lo real de todo ese mundo absurdo que representan los mellizos Céspedes:

Pero el tic tac de aquel reloj de pie, allá en la penumbra de la sala, noches enteras sin Natalia, le iba probando hasta qué punto Colofón sí existía, y también Consuelo, o Martirio, o lo que sea. Y, tic, tac, tic, tac, le iban haciendo saber hasta qué punto las altas cunas y fortunas, maravillosa expresión acuñada por los mellizos, eran, por recordar otra de sus expresiones, las más altas cumbres del estrellato, para ambos. (*El huerto*, 113)

Extrañamiento

Este ensimismamiento espiritual requiere que Carlitos vaya distanciándose de ciertas partes de la ciudad que le son muy cercanas. Esto, en la novela, se vive como un paulatino alejamiento espacial y olvido de la sociedad y los barrios en los que ha crecido. De esta manera, como en otras novelas de Bryce, en *El huerto de mi amada* hay una serie de desplazamientos espaciales y temporales condensados en la suerte del personaje central. Así, para huir de la pacata, hipócrita y conservadora sociedad limeña de los años cincuenta, Carlitos se refugia primero en las afueras de la ciudad y luego en París. A partir de ese momento, no deja de viajar, con lo cual establece puentes con dos de los temas más importantes en la novelística del autor: el destierro voluntario y una consecuente experiencia de desarraigo, y la necesidad de recordar.

En el instante mismo que Carlitos se enamora de Natalia, empieza su huida e intento de olvido de la casa paterna. A partir de ese día, y llevado en un lujoso y hermético automóvil conducido por Molina —el chofer de confianza de los Larrea Olavegoya— el muchacho se mueve desde Surco —en los límites de la Lima de entonces— a un empobrecido centro histórico, atravesando Chorrillos, Barranco y los ricos barrios de San Isidro y Miraflores a los que pertenece. En este proceso de extrañamiento, la nostalgia empieza a jugar sus primeras pasadas. La visión de calles y barrios conocidos en la ruta del centro de la ciudad a Surco entran en la memoria de Carlitos como un bien perdido. Así, poco antes de su partida a París, a través de la ventana de un taxi, Carlitos recorre por última vez una Lima que ya empieza a tornársele borrosa y ajena:

Jamás había vivido en la avenida Javier Prado, jamás había estudiado en el colegio Markham, jamás había ingresado a la Escuela de San Fernan-

do. ¿Un mecanismo de defensa totalmente inesperado, totalmente independiente de su voluntad? Para qué, si se sentía profundamente tranquilo y dueño de cada uno de sus actos. Aunque sí tenía que reconocer que algo muy extraño le estaba ocurriendo con los planos de las ciudades, por lo menos. El plano de la ciudad de París, que nunca antes había consultado y mirado atentamente, le resultaba cercano y familiar, mientras que el de Lima empezaba a resultarle tan ajeno como las calles y avenidas que en ese mismo instante recorría en ese taxi azul, aburrido ya, con ganas de regresar al huerto tranquilamente. Se lo dijo al chofer, pero indicándole que emprendiera el camino de regreso pasando primero por la plaza Dos de Mayo, la avenida Alfonso Ugarte, la plaza Bolognesi, la Colmena, Wilson, el Campo de Marte, y enrumbando luego hacia San Isidro, para atravesar después los distritos de Miraflores, Barranco, y Chorrillos, cuando divisó a Melanie, a caballo en la avenida Salaverry. Ella no lo vio, a pesar de que Carlitos le pidió al taxista que disminuyera mucho la velocidad para observarla detenidamente... A Carlitos le hizo tanta gracia verla así, que a punto estuvo de pedirle al taxista que se detuviera y de darle la voz. Pero sabe Dios qué cosa lo retuvo, qué lo hizo desistir, y regresó al huerto tranquilamente. (*El huerto*, 259-60)

Lima y Melanie se confunden en una sola imagen en la mente de Carlitos, y ahí quedarán olvidadas hasta que la nostalgia lo invada y la aventura de amor con Natalia llegue a su fin: «—He visto una ciudad abandonada y a Melanie Vélez Sarsfield a caballo, yo diría que también abandonada» (*El huerto*, 261).

Fin del rito, fin del sueño

Es esta nostalgia la que inevitablemente, y de improviso, empieza a introducirse a Carlitos y, como bien señala el propio Bryce en un artículo periodístico, este súbito y violento proceso es: «capaz de determinar nuestra vida, de cambiarla, de arruinarla, o de sacarla de lo ruin hacia lo inesperadamente bueno» (*Crónicas perdidas*, 221). Y es que al distraidísimo Carlitos se le puede perdonar todo olvido, menos el del día del quincuagésimo cumpleaños de Natalia. Si el protagonista hizo posible este amor imposible gracias a su natural y distraído olvidar¹, para Natalia, en una suerte de hiperconciencia, la di-

¹ «Carlitos Alegre no cambió nunca, aunque tantas cosas cambiaran a su alrededor. A Natalia, en todo caso, le resultó siempre asombrosa la absoluta facilidad con que pasó de un mundo a otro sin que se notara nunca hasta qué punto, por ejemplo, extrañaba a

ferencia de edad y la posibilidad que el recuerdo de Melanie surja en su amante, fueron un eterno recordar acentuado por los años y por el alcohol:

Porque no era el recuerdo de su primer matrimonio el que la hacía rechazar de lleno toda posibilidad de casarse con Carlitos. Era la diferencia de edad, que cada día pesaba más sobre su ánimo... la idea de envejecer a su lado empezaba a resultarle cada día más odiosa, y, aunque lo disimulaba a la perfección y se sentía aún muy joven y bella, dieciséis años de diferencia eran muchos y Natalia se preguntaba constantemente... si tendría la lucidez para ponerle punto final al sueño cumplido que era su vida, un segundo antes de que empezara a convertirse en una pesadilla...

El segundo inconveniente no dejaba de estar ligado al primero, por una suerte de vaso comunicante, de cuya existencia Natalia parecía ser la única persona enterada y temerosa. Las hermanas Vélez Sarsfield... invitaban a Talía y Silvina Grau a Europa, todos los veranos, desde hace algún tiempo. Y las cuatro muchachas podían aparecer en cualquier momento, aunque sea fugazmente, en su villa de Théoule-sur-Mer, con el pretexto de saludar las chicas Grau a sus padres. ¿Acaso ello no le iba a traer recuerdos de Melanie, a Carlitos?... ¿y si la tal Melanie esa se aparecía algún día con su trencita pelirroja por *acá*...? En este caso, a Natalia no le bastaba con ver a su Carlitos feliz, para descartar... ¿Para descartar qué, por Dios...? (*El huerto*, 271-73)

A Carlitos, el cariño que se filtra involuntariamente, lo saca del mundo mágico y atemporal que vive con Natalia. Esta nostalgia que lo invade, no solo es inevitable sino que rompe el conjuro sobre el que basaba el amor con ella:

Sí, era a él a quien Natalia había odiado toda su vida. Y por culpa de los mellizos Céspedes Salinas, allá en Salta. Porque él dejó que se le filtrara un viejo cariño por ellos y dos veces ellos no le respondieron su invitación a cenar y él de puro apenado que estaba se olvidó por completo de llamar a Natalia el día atroz de sus cincuenta años. Y, definitivamente, no había copa ni gatillo ni champán ni distracción que justificaran semejante olvido. Porque había quedado en llamarla por teléfono mil veces, ese día. Y se olvidó por completo, con lo de los mellizos y ese cariño

sus padres y hermanas. Cuando hablaba de ellos lo hacía con total naturalidad, como si nunca se hubiera producido ruptura alguna ni existiera un antes y un después, y como si cualquiera de ellos pudiera reaparecer de un momento a otro y continuar el diálogo de toda una vida, en París o en cualquier ciudad del mundo» (*El huerto*, 265).

que se le filtró. Y aquello no tenía remedio, ni ahora ni nunca. Carlitos lo sabía. Sabía que, en la guerra personal de Natalia, su principal aliado la plantó en lo más alto y escarpado de la colina enemiga. (*El huerto*, 283)

Para hacer más claro el peso que la memoria ocupa en *El huerto de mi amada*, comparémosla con la memoria expresada en *No me esperen en abril* (1995). Mientras Manongo Sterne vive atado al pasado —a su amor juvenil por Tere Mancini y a su colegio San Pablo—, Carlitos intenta borrarlo de su presente. Solo cuando Manongo toma conciencia de su soledad actual, es que decide cortar con los lazos que lo unen con su pasado adolescente y se suicida entregado a una ensoñación:

Pasaron algunas horas y Manongo había anotado algunas frases mientras pensaba que Tere hace rato que estaría volando rumbo a Lima y probablemente nunca más la volvería a ver ni a llamar y que en cambio sí debería insistir en sus llamadas a los amigos del Perú y al Gordito Cisneros y sus carreras de automóviles, allá en Miami, y que debería retomar la buena y vieja costumbre de visitar a Tyrone Power en su santuario. Después pensó que a lo mejor no, que a lo mejor ya ni eso valía la pena y empezó a dudar y así estuvo, dudando un rato más.

Y fue entonces cuando Manongo escuchó la voz de Tere con otro acento o tal vez no, porque más bien era sólo la voz de Tere en la época en que aún podía ser completamente espontánea y natural y eternamente joven para él. Pero lo que más sorprendió a Manongo al levantar la cara fue que la bahía de Formentor con el mar allá abajo hubiese desaparecido para siempre y que la muchacha que se le acababa de acercarse hubiese entrado, ella sí, a diferencia de Prudencio Aguilar, a La Violeta de la realidad, o sea la del viejo San Juan, en Puerto Rico, tantos años atrás, la primera vez que lo visitó la ensoñación. Manongo hizo un enorme esfuerzo para que todo eso desapareciera y, en efecto, logró soltar en su copa de oporto la cápsula con cianuro que hacía tiempo llevaba siempre con él. (*No me esperen en abril*, 609-610)

De forma inversa, cuando a Carlitos se le filtran hechos de su pasado con el encuentro del espectro de sus amigos de adolescencia, es que se olvida del presente —el cumpleaños de su amada— y destruye la burbuja de irrealidad en la que vive.

A través de este cariño que se introduce en la memoria del protagonista en forma de nostalgia, se rompe el encantamiento que por años ha permitido a Carlitos hacer un quiebre temporal con su pasado y uno espacial con su ciudad natal. Carlitos ha conseguido man-

tener el amor de Natalia sobre la base de artificios que lo separan y hacen inmune al resto de la sociedad limeña. El amor entre el adolescente Carlitos y la madura Natalia nace del encantamiento que provoca la repetición de las notas de *Siboney* en el tocadiscos en casa de los padres del muchacho una noche de verano. Desde ese momento, Carlitos entra en un sueño en el que será posible realizar su amor por Natalia. Para ello se retira al magnífico huerto que ella tiene en Surco, por aquel entonces las afueras de Lima, y obtiene permiso divino para vivir aquel sueño.

Pero cuando a Carlitos se le cuele la nostalgia en aquel congreso de Salta en el que se encuentra con los mellizos Céspedes, sus amigos de adolescencia, ya no hay conjuro que valga. En ese momento, puede estrellar copas de champán y mostrar toda la ingenua distracción del mundo pero ya el hechizo está roto.

A manera de conclusión: nostalgia y retorno

Ya en el exilio, Carlitos recupera Lima y su pasado gracias al cariño que siente por sus amigos y el amor de Melanie. Melanie Vélez Sarsfield representa su amor de juventud y, también, aquella persona que siempre lo ha recordado² y a la cual debe de retornar. Cuando el hechizo con Natalia termina, ese exabrupto temporal de más de diez años, Carlitos vuelve a ese destino que le estaba deparado, casarse con una mujer algo menor que él y de su mismo entorno social.

Cuando Carlitos, tras la segunda paliza que le es propinada, esta vez en París, «vuelve en sí», no solo sale de ese estado de irrealidad

² Melanie, por cierto, también ha sabido recordar e idealizar la época de los mellizos Céspedes y Carlitos Charles Silvester Alegre.

—Bueno, ¿qué? Yo no te pido que vengas como Carlitos Alegre, sino como Charlie Silvester. Aunque ya sé que Charlie Silvester no existe, o que en todo caso no eres tú, pero, cómo decirte, yo a Charlie Silvester lo quiero un montonazo. Ay, si supieras cuánto me gusta repetir el nombre de Charlie Silvester. Me encanta Charlie Silvester, realmente...

—Pero si no existe.

—¿Y el que venía con los mellizos?

—Fue un invento de ustedes, las tres hermanas. O tal vez fue Susy, la de la idea, no lo recuerdo muy bien...

—¿Sabes cómo extraño hasta a los mellizos?

—¡Cómo!

—Bueno, digamos que la época...

—Cómo que la época, si eso sucedió hace apenas unos días.

—Es que después no me ha pasado nada más que estar aquí... (*El huerto*, 149).

en el cual se había mantenido gracias a su amor por Natalia, sino que se enfrenta sin mayor lucha a lo inevitable de su destino:

- Te contaré que mi papi ya no bebe ni una gota de alcohol.
- Me alegra tanto, Melanie. De verdad, me alegra mucho.
- O sea que ahora sólo me faltas tú. (*El huerto*, 285)

Con Melanie, el protagonista recupera su pasado pero, como buen personaje de Bryce que vive un exilio voluntario, ello no supone un retorno al Perú. Después de todo, hasta donde tenemos noticia, el matrimonio de Carlitos con Melanie se realiza en Londres.

En efecto, es cuando los personajes bryceanos dejan de luchar obsesivamente con un destino imposible que se resuelve en el conflicto de la novela. En *La amigdalitis de Tarzán*, *No me esperen en abril* y, ahora, en *El huerto de mi amada*, es a través de un proceso de aprendizaje que los personajes descubren y aprenden a proseguir sus vidas en un mundo que no deja de ser cruel. Pero este aprendizaje tiene menos que ver con un proceso cognitivo que con el choque continuo de los antihéroes de Bryce ante una realidad que cambia. Con *El huerto de mi amada*, Alfredo Bryce Echenique nos ofrece una vez más una estupenda muestra de cómo la sinceridad de sus personajes es creada y mantenida por esa forma de memoria selectiva que es la nostalgia.

Obras citadas

- BRYCE ECHENIQUE, Alfredo. *El huerto de mi amada*. Barcelona: Planeta, 2002.
- . *No me esperen en abril*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- . «Terrible y maravillosa nostalgia». *Crónicas perdidas 1*. Lima: Peisa, 2001: 220-223.